

## Salmo 51

Salmo 51, 17 de julio, 1993.

En su introducción a su estudio sobre este salmo, Lutero dice: "Este conocimiento teológico es necesario: el hombre debe conocerse a sí mismo, debe saber, sentir y experimentar que es culpable del pecado y sujeto a la muerte; pero también debe saber lo opuesto, que Dios es el que justifica y redime al hombre que se conoce de esta manera". Este es un conocimiento que solamente Dios puede producir en nosotros, no algo que ningún hombre puede conocer por sí mismo o por su razón. El rey David llegó a conocerse de esta forma, y al escribir este Salmo busca que también nosotros lleguemos a este conocimiento. El que no se conoce a sí mismo y a Dios de esta manera no será salvo. Por eso es sumamente importante que veamos lo que David nos enseña en este Salmo penitencial.

David abre buscando misericordia. Con esto reconoce que delante de Dios él es un pecador. Uno no busca sinceramente la misericordia a menos que reconozca que no hay dignidad o mérito en sí mismo. Con esto vemos lo primero de importancia en este Salmo. Conocer verdaderamente a nosotros mismos es reconocer que somos pecadores. Sin embargo, hay muchos que oran como David pero que no tienen el mismo concepto de sí mismos que David. Aunque dicen "Ten misericordia de mí", lo que están buscando no es realmente misericordia sino una consideración del bien que se supone que han hecho, de sus buenas cualidades, etc. Dicen las palabras, pero lo que realmente piensan es "Págame por mis esfuerzos. Toma en consideración mi piedad. Toma en cuenta que siempre voy a la iglesia y digo mis oraciones". No es, entonces, misericordia lo que buscan, sino un pago por su propia justicia. Y esto no es otra cosa que la más absoluta rebelión contra Dios. Porque Dios ha pronunciado ya su sentencia de que "No hay justo, ni aun uno". Tal persona es también un pecador, pero un pecador que no reconoce la plena maldad de su pecado y la profundidad de su corrupción. Tal persona quiere ser al menos en parte justo por sí mismo, y por tanto rechaza la sentencia de Dios sobre él. En su rebelión, no experimentará misericordia, sino solamente el juicio de Dios.

Lo que Dios busca es pecadores que saben y sienten que son pecadores, que saben que en ellos no hay nada excepto el pecado. Quiere personas que oyen la condenación y la sentencia de la ley, y aceptan como cierto el juicio de Dios sobre ellos. En breve, Dios busca a personas que reconocen y confiesan sus pecados. Esto es lo que estaba haciendo David al pedir misericordia. El que ésta es la manera en que David conocía a sí mismo, se hace evidente en los otros versículos de nuestro texto.

“Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí”. Cuando David considera a sí mismo, dice que reconoce sus rebeliones. Esto quiere decir que siente y palpa su pecado. Lo que le ha sucedido le ha dado evidencia de que en él no mora el bien, para pedir prestado una frase de San Pablo. Allí estaba David, el gran rey de Israel, un líder espiritual en Israel, que había arreglado el culto y escrito tantos salmos para el culto de Israel. El que había hecho batalla contra los enemigos del Señor y obtenido de victoria. ¡Y cómo había caído! Había cometido adulterio, había incurrido culpa de sangre inocente con la muerte de Urías el Heteo. Y David ve que esto no es algo aislado. Ve que los malos frutos han venido de un mal árbol. No es que en este momento u otro haya manchado una vida que aparte de esto haya sido irreprochable. “Mi pecado está siempre delante de mí”. No hay un momento en que no está hundido en el pecado delante de Dios. Toda su condición delante de Dios es pecado y nada más.

La raíz de esto lo traza a la misma raíz de su ser. Así ha sido desde antes de nacer. “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” Lo que está declarando aquí es que ya desde el momento de ser concebido, ha sido un pecador y nada más que un pecador. Esa es su naturaleza. Eso existía antes de cometer ningún acto de adulterio o asesinato. Esas acciones más bien son el fruto de la mala naturaleza que estaba en él. Nosotros conocemos esta doctrina como la doctrina del pecado original, porque habla del pecado que tenemos en nuestro origen.

Generalmente nos rebelamos contra este conocimiento del pecado. Mucho preferiríamos que se podría hablar de nosotros como personas buenas, o al menos con una semilla de bien en nosotros. Con esto en realidad revelamos lo profundo de nuestra corrupción, porque aun cuando Dios mismo pronuncia su veredicto sobre nosotros, nosotros estamos inconformes y no queremos aceptarlo. Queremos entrar en discusión con Dios y mantener que él no tiene la razón al pronunciamos solamente pecadores. Queremos inventar un nuevo Dios que reconocería nuestros esfuerzos. Que diría: He visto que has tratado de ser decente, que has orado, que has ido a la iglesia, que a veces has ayudado a la gente, y todo esto lo voy a tomar en cuenta y por eso te voy a salvar.

Pero el Dios verdadero no es así. El ha hablado ya, y lo que dice es que “No hay quien haga lo bueno, ni aun uno”. Aun cuando no sentimos, luego, la profundidad de nuestro pecado, debemos creer lo que Dios declara de nosotros, que “todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios”, y decir, en mí, en toda mi naturaleza y en todas mis obras, no hay nada sino pecado, y yo he merecido todo el castigo que Dios pronuncia contra el

pecador. “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”.

Si nuestra razón quiere minimizar el pecado, hacerlo una cosa pequeña, y así levantarse contra el juicio de Dios y altercar con Dios, una vez que hayamos sido convencidos de nuestro pecado la razón otra vez se demuestra nuestro enemigo y el enemigo de Dios, más bien que un fiel auxiliador. Porque una vez que hemos reconocido nuestro pecado, sentimos nuestro pecado, una vez que somos obligados a decir que lo que Dios dice de nosotros es totalmente correcto, luego la razón dice que todo está perdido. Razona que si somos pecadores y hemos ofendido a Dios, que Dios luego no tiene otro remedio ni otro deseo que condenamos y castigamos con las penas del infierno. La misma ley de Dios pronuncia esto. Pero otra vez debemos alejar nuestra atención de lo que está en nosotros, y dar atención solamente a lo que Dios declara a los pecadores que conocen y lamentan su pecado, que se dan cuenta de que no hay nada bueno en ellos, que en ellos solamente mora el pecado. A tales pecadores Dios quiere recibir y perdonar. A tales pecadores Dios dice en Cristo y por causa de él, “te perdono tus pecados, te recibo como mi Hijo, de ti quiero tener misericordia, sobre ti derramaré la plenitud de mis bondades”.

Otra vez, esto se puede conocer solamente en base de la palabra de Dios. Cuando uno tiene que presentarse en una corte humana, y cuando la evidencia finalmente no nos deja otro remedio que admitir nuestro mal, confesar nuestro delito, lo único que podemos esperar es que el juez nos aplique el castigo, que nos sentencie a la multa, la cárcel, etc. Así la razón concluye que si soy pecador, Dios está airado conmigo y solamente me condenará. Pero, como dice Lutero, “Tienes que evitar, como el veneno de Satanás, o como la más severa plaga, transferir esta conclusión de la corte al tribunal de Cristo.

“Aquí no se concluye, eres un pecador, por tanto Dios te aborrece. Más bien sigue: Tú eres un pecador, por tanto ten confianza, porque Dios quiere a pecadores que sienten sus pecados.... Por tanto, si reconoces que tienes pecado, si tiembles, si estás atribulado por el sentimiento de la ira de Dios y por el horror del juicio de Dios y del infierno, entonces ten confianza. Tú eres con quien Dios quiere hablar, a quien Dios quiere mostrar su misericordia, y a quien quiere salvar. Esto es lo que dicen sus promesas, que él es el Dios de los pobres, que no quiere la muerte del pecador. Por tanto quiere que el pecador deje su camino y viva. Estas palabras no son palabras sin peso, basados en los decretos de los padres o las reglas de una orden. Se basan en las promesas divinas y en la palabra todopoderosa de Dios, y por tanto los corazones se levantan y sienten una

firme y segura consolación”.

Y esta es la otra gran cosa que David demuestra en nuestro Salmo. Con todo su pecado, precisamente porque es un pecador que reconoce su pecado, confía en la misericordia de Dios. Así pide: Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia”. Misericordia es lo que le motivó a Dios a ofrecer a Adán y Eva, pecadores, la promesa de la venida de un Salvador, la Simiente de la mujer. Misericordia es lo que motivó a Dios a salvar al pueblo de Israel de Egipto. Y misericordia es lo que Dios demostró al enviar a Cristo para sufrir todo lo que merecimos con nuestros pecados para que Dios pudiera pronunciar sobre pecadores culpables, “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Así, precisamente al darse cuenta de lo enorme de su pecado, de lo terrible del castigo que ha merecido, David en base de la palabra y promesa divina también llega a darse cuenta de que en Dios hay una multitud de piedades, suficiente para borrar e eliminar toda la masa de su pecado. “En donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”.

La razón dice que Dios mostrará su bondad a la persona que ha sido bueno, que es la persona que ha demostrado una vida ejemplar que puede orar a Dios y que recibirá su bendición. Esa era la actitud del fariseo en la parábola de Jesús, que dio las gracias a Dios que no era como los otros hombres, ladrones, adúlteros, publicanos, sino pasaba su tiempo cumpliendo la ley en sus mínimos detalles, todos los diezmos, etc. Pero Cristo dice que no fue ese hombre que fue a su casa justificado, sino el publicano que no sabía otra cosa acerca de sí qué decir excepto que era pecador, y sin embargo se atrevía a esperar que Dios le sería misericordioso, “Señor, ten piedad de mí, pecador”.

Aprendamos, entonces, a ir con David y el publicano a Dios, para implorar, ten piedad de mí, y estemos seguros de que ese mí es un pecador y nada más. Así seguramente hallaremos misericordia, porque es precisamente de los pecadores que Dios quiere tener misericordia. Y cuando vengas esta tarde para recibir las más sublimes muestras de la misericordia de Dios, el cuerpo que dio y la sangre que Cristo derramó para obtener misericordia para los pecadores, confía, así es, aunque soy pecador y nada más, aunque no merezco absolutamente nada sino castigo y condenación, ya que tan claramente me declaras que quieres perdonar mis pecados, y hasta me das tu cuerpo y sangre para probarlo, voy a confiar y estar seguro, verdaderamente eres un Dios de misericordia, un Dios de abundantes piedades, y tendrás piedad de mí. Así conocerás correctamente tanto a ti y a Dios. Dios nos dé a todos este conocimiento. Amén.